

Jueves 27 de septiembre del 2001

• TRANSICIONES •

Victor Alejandro Espinoza Valle



Frontera cerrada

Cuando la globalización hacía suponer que los países menos desarrollados, de desarrollo medio, potencias medias o como se les quiera llamar, tendrían una buena oportunidad para reivindicar que en el marco del libre comercio las personas pudieran circular libremente como las mercancías, al fin y al cabo también la fuerza de trabajo era una mercancía; vino el terrorismo y nos cambió el panorama.

Teníamos como gran ejemplo del mundo occidental a la Unión Europea, donde las fronteras se borraban y un habitante comunitario se trasladaba de país a país sin ninguna restricción. Sólo se establecerían porteros generales por continente, en este caso el europeo, para que restringieran la entrada de inmigrantes indeseables. Este papel le ha correspondido a España; pero una vez superada esa férrea frontera, las puertas del paraíso se abrieron. El camino de la comunidad europea ha sido largo y se remonta a los años cincuenta cuando, a través de los Tratados de Roma, se iniciaba una cooperación de libre intercambio, circunscrita a los productos del acero. Para transitar décadas más tarde a la puesta en práctica de medidas integracionistas donde las dificultades mayores fueron el llamado espacio social y la interacción cultural; es decir, justamente la posibilidad del libre tránsito de la fuerza de trabajo y la comunicación entre ciudadanos que hablaban, al menos, nueve idiomas.

Los tratados de libre comercio fuera de Europa no contemplan la integración plena entre naciones. No, al menos en lo que se refiere al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC). Sin embargo, la libre circulación de mercancías empuja a las mismas economías a la creación de espacios sociales comunes o, si se quiere, al intercambio de fuerza de trabajo. De esa realidad se alimenta el discurso de nuestros gobernantes para reivindicar un trato más justo a los trabajadores migrantes y luego pasar, cuando la coyuntura lo permite, a demandar acuerdos donde lo principal es la regularización de los trabajadores inmigrantes y sus familias. Esa coyuntura favorable puede ser una relación bilateral sin tantas tensiones como producto del buen entendimiento entre gobernantes.

En esas nos encontrábamos respecto a nuestros vecinos del Norte, cuando el 11 de septiembre nos alcanzó y todo ha quedado en suspenso. En la frontera ya se hablaba de que el paso hacia la Unión Americana sería más ágil. Y no es que fuera una demanda sólo de los vecinos pobres del Sur; en gran medida, el comercio del Sur de California depende de los consumidores mexicanos. Siempre que se ha cerrado la frontera quienes más lo sufren son los comerciantes norteamericanos.

Nadie sabe, a ciencia cierta, cuándo volverán a la agenda de la relación bilateral los temas de la migración. En mucho está en función de la permanencia de la operación militar denominada, primero, "Justicia infinita" y luego rebautizada "Libertad duradera", pero dadas las circunstancias puede llegar a ser un conflicto prolongado. Se trata de una guerra sin parangón en la historia: No tiene enemigo visible, pero tampoco país, por mucho que ya se haya construido Afganistán -que no Apatzingán como dice el ingenio mexicano- como refugio de terroristas. Pero, además, la sociedad estadounidense exige al presidente George W. Bush que actúe con, al menos, la misma intensidad y contundencia con que lo hicieron los terroristas.

Entre otros, evidentemente el tema del voto de los mexicanos en el extranjero se ha complicado. El 99% de los emigrantes nacionales viven en Estados Unidos. ¿Alguien puede imaginar a los candidatos presidenciales en el 2006 haciendo campaña dentro del territorio norteamericano o a través de sus medios masivos de comunicación?

Pero es en la frontera donde los efectos de los conflictos en alguno o en ambos países o en la relación bilateral se viven cotidiana e intensamente. El desquiciamiento del cruce fronterizo de los últimos días es prueba contundente de que las disposiciones de Washington o el Distrito Federal se materializan en la línea limítrofe. Los más afectados, de manera inmediata, han sido los conmuters, aquellos que viven en Tijuana o en otra ciudad fronteriza pero trabajan en el otro lado, lo mismo los estudiantes. Pero pronto el ingenio nacional se hizo presente y salieron a relucir las bicicletas que cumplen el requisito de ser vehículos para poder atravesar las puertas de las garitas. No importó el tamaño de las mismas; hemos podido ver al padre, pasado de kilos, que se llevó la bicicleta de su hijo pequeño y hasta el casco romano o el alemán que nos recordaba de inmediato al inigualable personaje de Pomponio.